

## EL LIBRO Y EL ESPEJO (Una breve ética del libro)

DOI: 10.24142/unaula.n45a12

MARVIN SANTIAGO\*

\* Autor de narrativa de la ciudad de Medellín. Parte de su trabajo ha sido publicado en el Taller de Opinión de El Colombiano, Universo Centro, Laterales Magazine y la revista La Musa Sonámbula. Actualmente es editor en el Fondo Editorial UNAULA.

Supé que Edgar Sierra dejó de ser más que mi antiguo maestro, y que se volvió algo así como un amigo cuando, por fin, me contó el epítome de las anécdotas de sus viejos y remotos días de doctorado en Oxford, de su vieja y remota amistad con Robert Graves. De ella, según me cuenta Sierra, nació esto -que él insistió en llamar chiste- sobre el malentendido semántico entre los orígenes casi comunes de las palabras “libro”, “espejo” y “reflejo”. Era algo así (las ligerezas pertenecen todas a mi memoria):

Cuenta una antigua leyenda indoeuropea que en los primeros días del mundo, cuando el dios Z, padre y madre de todas las cosas, marcaba el paso del día

a la noche con su resplandor de orbe dorado, su ráfaga de aire que daba el aliento a todo lo vivo, y su estela de sombra, otro dios menor, encargado de poner a prueba la virtud de los primeros mortales con sus pactos leoninos, le ofreció a uno de ellos lo que ahora mal llamamos un *espejo* pero que, en realidad, se le llamaba con lo que es la raíz fundamental de todas las palabras que, en todos los idiomas, se han usado para designar los libros -aquel artefacto de la leyenda, en todo caso, sólo tenía la cualidad más mundana de los espejos actuales. A saber, ofrecer reflejos unipersonales-.

-En este *espejo* podrás ver el pasado, el presente y el futuro de la humanidad, y será útil cada vez que la existencia de tu especie esté en juego -dijo el dios y le extendió el *espejo* al mortal.

-¿Qué pides a cambio? -Repuso el otro y cerró su mano, que ya la tenía en el aire.

-Todo el que no esté viendo este *espejo*, pensará que el otro sólo está viendo su propio reflejo, y lo llamará loco o vanidoso, y será muy difícil que acepten su iluminación.

-Si es así -dijo el mortal, con una sonrisa en la cara mientras tomaba el *espejo* en su mano-, hagamos que, por lo menos, uno de los nuestros pueda a creerle al otro -y lanzó el regalo del dios contra una peña desnuda que, al contacto, lo fragmentó en millones de partículas cuatrocientas ochenta y dos veces más pequeñas que un grano de arena, justo en el momento en el que el dios Z pasaba sobre la faz de la tierra, convertido en la ráfaga de aire que daba el aliento a todo lo vivo.

Las partículas de ese primer *espejo* -que pueden verse si se afina mucho la vista- siguen acompañando el paso del día a la noche, desde esos tiempos hasta la fecha.



• MANZANERO •

